



COSTUMBRES CANARIAS

cachos

Isaac Viera

Costumbres Canarias

~ cachos ~

Este pequeño libro es obsequio de:

© de los textos: Isaac Viera

© de la edición: Cabildo de Lanzarote

Imagen de portada: medalla de bronce, Pancho Lasso

Servicio de Publicaciones: Félix Hormiga, Eva de León y M^a José Alonso.

Diseño: Juanje Luzardo (CDIS, Cabildo de Lanzarote)

Imprime: Litografía Valverde (Irún)

Depósito legal: GC: 503/2001

Costumbres Canarias

~ *cachos* ~



Isaac Viera

BAILE DE CANDIL

Para dar entonación y viveza de colorido al alegre cuadro que presenta el llamado baile de candil en nuestras islas, es necesario poseer el chispeante gracejo de Ricardo de la Vegas o el regocijado numen de Escalante.

Para que el lector que desconozca nuestras costumbres pueda formarse una somera idea del clásico baile que nos ocupa, se requiere que el narrador tenga carácter humorístico, esté avezado a fotografiar escenas sociales, en las que el vulgo se distingue por su derroche de sal y pimienta en sus cantares y requiebros amorosos, y que una a su vigorosa mentalidad, visualidades artísticas de gran alcance.

Nuestra pluma, aunque tosca e inepta para esa clase de trabajos, procurará pintar con los colores del realismo más escueto las peripecias, los lances cómicos y las parejas que van desfilando a través de ese kaleidoscopio del popular sarao, genuinamente campesino.

No queremos hablar de los nominados bailes de “taifa” que se celebran a menudo en los barrios suburbanos de Santa Cruz de Tenerife y en los de Las Palmas, como el de San

Pascual Bailón, que dura mientras se extinga el último cabo de la última vela de sebo que alumbra el zaquizamí en donde se solazan los chisperos, la gente de rompe y raja y esas garridas mozas del pueblo, cuyas plasticidades, a pesar de nuestros años, nos hacen “tilín, tilín”, como reza la zarzuela.

El baile de candil, entre los gauchos argentinos, según refiere el poeta José Hernández, casi siempre terminaba con una riña sangrienta, en la que el acerado facón, esgrimido por certera mano, relucía entre las tinieblas, rebanando cabezas con la facilidad que un taumaturgo se traga una vela.

Ese trágico fin de fiesta era característico de aquellos tiempos que se pierden en las brumas de remota lejanía, en los que campaban por sus respectivos en la Pampa Santos Vega, Juan Moreira y Martín Fierro, en cuya boca pone Hernández la siguiente redondilla:

*Como nunca he sido vil
y el peligro no me espanta,
me resbalé con la manta
y la eché sobre el candil.*

Entre nosotros no se tira de la manta para dejar a oscuras el local del baile, sino de un estacazo se hace saltar el candil con sus tres o cuatro mechas de algodón empapadas en aceite de oliva, y de pronto suena la lúgubre, sacramental frase de

“sálvese quien pueda”, como si se tratara de un naufragio.

Comienza la gresca entre la gritería ensordecedora de las mujerucas que piden socorro, parapetadas detrás de las sillas, mientras otras se ponen por montera una mesa paticoja, oyéndose las clamorosas voces femeniles de ¡madre, que me matan! Y el doliente ¡ay mi “jija”!, que lanzan las viejas entre el golpear de los nudosos garrotes y las obscenas interjecciones de los empecinados contendientes.

*“Mujer quería
yo no lo creo,
que me voy “pa” La Antigua
y no te llevo”.*

Los anteriores versos fueron cantados por un mocetón vecino de La Antigua, en un baile de candil, en Tuineje, bailando unas seguidillas con su novia. El padre de ésta, salta como una avispa y le canta, a voz en cuello, abriendo la boca hasta enseñar la laringe:

*“Sí, la llevarás,
pero será la burra
que está en el corral”.*

Y efectivamente, en un corral destinado a encerrar cabras,

de la pertenencia de su futuro suegro, había dejado una burra al amante que, al parecer, tenía intenciones de raptar a la muchacha.

Aún no había terminado el viejo la última palabra del estribillo, cuando los palos zumbaron sobre las costillas del forastero. La casa quedó en tinieblas, y entonces aquello fue Troya. El “tallero” vino a tierra, haciéndose añicos el “bernegal” y los platos, que simétricamente lo rodeaban.

El destripaterrones aspirante a Tenorio apagó el candil, creyendo que así se libraría de la tollina; mas alcanzó tremenda paliza, que estuvo algunos meses en cama, lleno de apósitos y tomando salmueras: al verse hecho una lástima juraba no volver jamás a cantar.

En esos bailes populares, las viejas están acurrucadas detrás de las jóvenes, entretenidas en hilar; pero si hay buenos tocadores, entonces saltan al terreno y bailan folías y seguidillas, cantando a la vez coplejas, las que más bien parecen masculladas.

Al día siguiente de las “folías” de palos, el dueño del inmueble —que durante algunas horas estuvo convertido en campo de Agramante— con su cabeza vendada y la diestra en cabestrillo, anda diciendo de puerta en puerta:

—Mire, vecino cómo me han “dejao”, porque quise poner en orden en mi casa; no me quedó un plato sano ni tengo un cajón donde sentarme: “too” me lo rompieron esos arbola-

rios, que mil rayos los “ajundan” o los Demonios se los lleven en volandillas.

También una Celestina setentona que perdió en la refriega la cajeta del rapé, se lamentaba en el vecindario, con dolor que partía el alma, lanzando a grito pelado esta frase:

—“Sin cajeta y sin tabaco ya no gastaré un polvo”.

En Tuineje, allá en los comienzos del último siglo, ocurrió un caso gracioso, que vamos a narrar lacónicamente:

Una madre tenía una hija, cuya hermosura fue proverbial en toda la comarca pero la vieja no quería que la moza hablase con un apuesto mancebo, que la galanteaba.

Una noche en que la joven salió de un baile, hablando, como de costumbre, con su novio, la vieja, que iba detrás de los dos amantes, sacó de debajo de la mantilla canaria una cachiporra más gruesa que la de Cristobita, y diciendo “esta noche va a ver guerra Francia con el inglés”, descartó tan fuerte macanazo en la cabeza de su presunto yerno, que lo dejó tendido cuan largo era en el camino, y cogiendo a su hija por el brazo, le habló así:

—“Lo que yo te igo que ese muchacho es muy jachón y por eso alcanza siempre pa tabaco. Vámonos, jija, que no quiero que me enrée la justicia.”

LAS PASCUAS

En todas las parroquias de Fuerteventura y de Lanzarote se celebran a lo vivo las fiestas de Navidad y de los Reyes. Siguiendo la costumbre tradicional española, se cantan coplas y villancicos en los templos al son de flautas, violines, guitarras y otros músicos instrumentos, y bailan hombres y niños, vestidos de pastores, en el altar mayor.

Esos regocijos ingenuos y candorosamente hermosos son un salto atrás al gran reinado de las alegrías bucólicas de las majadas de Belén, de esa pequeña ciudad llamada “Efrata” por un profeta; es el periodo de la infancia de la Buena Nueva, es Jesús en pobres, pero limpios pañales, es el pesebre del estado sobre húmedas briznas; es el recuerdo de ese Niño sublime, que ni aun tuvo, como Moisés, una cuna de mimbres.

En las majestuosas basílicas, así como bajo el humilde techo de la iglesia del último villorrio, resuenan la flauta y el tamboril, música tan sencilla como el corazón de los primeros adoradores del que nació entre la humildad y la pobreza, en rústico recinto.

En Femés (Lanzarote), pueblo de pastores, desde tiem-

pos remotos existía la costumbre de silbar en el templo, durante el acto recordatorio del nacimiento de Jesucristo.

Sabedor de esto un sacerdote natural de una aldea de Gran Canaria que llegó a Femés pocos días antes de Navidad, destinado a ejercer allí las funciones de su ministerio, subió al púlpito en la hora de la misa conventual y pronunció un sermón en el que prohibía a sus feligreses que continuaran practicando dicha costumbre, la que calificó de bárbara, y por lo tanto impropia de la solemnidad augusta de las fiestas religiosas.

Al día siguiente al de aquella filípica sagrada, en veredes, en predios y los humildes hogares de los hijos de aquel lugar se hacían los más variados comentarios sobre las pretensiones del cura que en horas veinte y cuatro, que dijo el poeta, quería echar por tierra una costumbre sancionada por los siglos.

Unos carcamales dicen, al unísono, en un corrillo, en donde se hallan mozos y muchachas que se ocupan de la guarda de sus ganados:

—No respetamos la orden del clérigo; ¡no faltaba más que nujotros no silbemos al nacer el Niño! Los demonios nos lleven si no soltamos el chillío, silbando en la procesión de Nochegüena, y si al cura no le gusta, que toque soletas.

Un pastorcillo que atento escuchaba a los ancianos, añadió:

—Me parece que vustedes deben jablar primero con el párroco pa que deje silbar como es uso y costumbre entre nujotros.

—Tienes razón, Periquillo: mañana mismo irá mi yerna al alcalde a decirle al cura canario que deje silbar en la iglesia la noche de Pascua de Naviá.

A efecto, el presidente del Ayuntamiento de Femés, el secretario de la citada Corporación y el síndico personero se entrevistaron con el párroco, manifestándole que el vecindario en masa y los pagos jurisdiccionales de las Casitas y Maciot estaban dispuestos a un levantamiento contra la orden de no silbar en la iglesia la Nochebuena.

El sacerdote, después de oír en su casa rectoral las amenazas del monterilla y de sus acompañantes, dice, riéndose a mandíbula batiente:

—¿Están los galos a las puertas de Roma? Tiembla la tierra y sus alrededores al solo anuncio de esa formidable rebelión la que, según ustedes, tendrá proporciones apocalípticas. En Femés —prosigue el cura sarcásticamente— se levantarán los vecinos de sus respectivas camas. Ese es el único levantamiento que en este pueblo ha habido y habrá, mientras diciembre no dé azucenas. Al grito de ¡se ha sublevado Femés! Se estremecerán las esferas. No revoco mi mandato: he ordenado que no se silbe en el templo la Noche de Navidad, y los que no me obedezcan tendrán que habérselas conmigo.

En vista de la burla sangrienta del sacerdote —cuyo espíritu tenía algo de lo que caracterizaba el genio del arcipreste de Hita— y de su rotunda negativa, aquellos pobres hombres

salieron con las orejas gachas, mohinos y cariacontecidos, dando inmediatamente cuenta a sus poderdantes del desastroso resultado de su conferencia con el “pater”.

Un octogenario que ha pasado toda su vida apacentando cabras, al enterarse de la enérgica actitud del presbítero, gritó como un energúmeno:

—Aunque me mande el Papa que no silbe en la iglesia la Nohegüena, no le jaré caso.

Otros vecinos menos intransigentes que el viejo pastor, manifestaron que no convenía estar de puntas con el cura, añadiendo un zagalote:

—“Dicen que ese confiscao párroco es un gran jugaor de palo y que pa luchar no tiene quien le iguale. Es lo que se llama un cura macho”.



Llegó la Nochebuena, como todo llega en este pícaro mundo— menos el premio gordo de la Lotería de Navidad para los desgraciados—, y todos los vecinos de Femés acudieron como de costumbre, a la iglesia a adorar al Niño Dios.

La procesión de la media noche en que se conmemora al nacimiento de Jesús, recorría las naves laterales del templo, observando todos los feligreses la mayor compostura y el orden más perfecto.

Sólo el viejo ochentón, que conocen ya nuestros lectores, y que estaba de pie junto a la pila del agua bendita, murmuró por lo bajo:

—No me contengo.

Y casi al mismo tiempo que suelta esa frase, lanza un estridente silbido al pasar por su lado el sacerdote con el Niño Jesús en brazos. Sin decir oste ni moste el celebrante agarra por los pies la escultura y con ella da tan fuerte golpe en la calva del viejo pastor, que saltó la cabeza de la efigie, quedando el anciano vertiendo chorros de sangre.

Así terminó en Femés la misa del gallo.

Un coplero, al salir la gente del templo, cantaba en medio de la plaza, la siguiente redondilla:

*Al niño recién nació
le dio muerte al señor cura,
por mor a la calentura
que cogió con el silbío.*



En festividad de los Reyes existe la costumbre en varios pueblos lanzaroteños y majorereros, de correr la “estrella” desde el coro al altar mayor.

La iglesia queda en una especie de penumbra, destacán-

dose el claro resplandor de la simbólica “estrella”, que es confeccionada “ad hoc” por artífice inteligente.

Los individuos que representan a los Magos, aparecen vestidos a usanza de aquellos Reyes de Persia, y con plegadas tiendas y brillante comitiva avanzan por la nave central hasta el sitio que es trasunto de la cueva del Niño Dios.

Durante dicha ceremonia, aparece Herodes, colocado sobre un trono, que se levanta al efecto, a la derecha del presbiterio.

En esa noche, la persona que desempeña el papel de tetrarca de Galilea, pronuncia un discurso e interroga a los Magos el objeto de su viaje. El creyente, en vista de la viveza de colorido que se imprime al cuadro bíblico, se imagina ver rodar las cabezas infantiles en la ciudad de David como botones de rosas.

Dentro y fuera de las iglesias entonan los ranchos variados aires de Pascuas con acompañamiento de espadones de acero, triángulos de la misma materia, que se tocan con un punzón de guitarrillos, panderetas y violines. En Lanzarote y Fuerteventura cantan endechas, “corridos y redores” que improvisan los “armistas”, nombre con que se distingue a los copleros en las expresadas islas.

En Tenerife cantan “Lo Divino” agradables voces al son de afinadas orquestas. Tanto en La Laguna como en Santa Cruz, esos ranchos salen un mes antes de Navidad, y reco-

rren las principales casas de sus respectivas poblaciones, dando serenatas y cogiendo perras, que guarda el mochilero.

En la ciudad de los Adelantados, el peculio que reúnen es para ayudar a los gastos de las fiestas del Cristo según dicen los mismos del rancho.

Siempre se saca a baleo el Cristo.

Las castañas tostadas, los pasteles calentitos de Señor Juan de Dios y el vino, salen a relucir la Nochebuena, y a los afortunados que comen y beben, les dirá el Cristo:

—Buen provecho.

LAS PARRANDAS

En la época de los trovadores de las “cantigas” y de los “trebellos”, de los felibres provenzales, de los bardos de la leyenda, a las altas horas de una de esas noches horribles, en que “rueda la ronca tempestad” —que dijo Zorrilla en “Las Nubes”— en una de esas noches negras, decimos, dignas del pintor de Salvator Rosa, se oían a los trovadores de los tiempos medioevales pulsando su lira, bajo los muros de almenado castillo feudal, mientras la dama de sus ensueños, en blando lecho o indolentemente reclinada sobre cojines recamados de oro y perlas, sentía entre el melancólico murmullo del viento la voz del cantor y los arpegios de su mandolín.

Esa costumbre, modificada por el transcurso de los siglos y por la influencia del medio ambiente, se conserva aún en nuestras islas con el nombre genérico de “parrandas”. En Canarias no existe el hábito, como en los pueblos de la América latina, de dar serenatas a las personas en el día de su fiesta onomástica; pero en cambio se organizan “rondallas” al estilo de las de Aragón, y particularmente los sábados, a la noche, se lanzan las consabidas “parrandas” por esos trigos de Dios, con

guitarras, violines, bandurrias y otros instrumentos que tocan al pie de la ventana de la garbosa o desgarbada joven, cuyo novio o pretendiente le regala el oído con tocatas y cantares de aires regionales o de amatorias canciones. Cuando los cantores tienen buena voz y los músicos tocan magistralmente, entonces van acompañados de un séquito numeroso de noctámbulos y de durmientes, que se levantan de sus camas al paso de la “parranda”, sugestionados por ésta, para engrosar la enorme cola que serpentea a lo largo de la calle.

Tienen la costumbre varias familias, al verse obsequiadas con esas serenatas, de abrir las puertas de sus respectivas casas y de invitar a pasar adelante a los cantores y a los músicos, en donde son atendidos galantemente con pastas, vinos, licores, tabacos y hasta con “champagne”. La magnificencia y la magnitud del obsequio suelen estar regularmente en relación directa con los teneres de las nocturnas festejadas.

En Arrecife las “parrandas” constituyen una nota altamente simpática y sugestiva.

Recordamos que en los felices días de la infancia en que andábamos a pedradas, en aquellas desamparadas callejuelas que desembocan en la bellísima albufera de San Ginés, las “rondallas” del terruño nos hacían sentir gratísimas sensaciones, sólo comprensible para el que haya nacido en estas rocas oceánicas.

Las “parrandas” arrecifeñas, en aquellos venturosos tiempos en que la grana y la barrilla alcanzaron exorbitantes pre-

cios en los mercados europeos, eran casi un remedo de las bacanales que nos pinta Petronio en su famoso “Satiricón”.

En las calles, la noche del sábado —propicia a la bruja y al súcubo— a los acordes del piano y de otros instrumentos, voces de mujeres de vida alegre alternaban con las del sexo barbudo, entonando isas, folías, malagueñas y hasta selectos trozos de ópera y de zarzuela.

Como los caballeros de la Edad Media que rompían tablados en la plazas, y con la cara cubierta acudían a los torneos para después del combate mostrar al pueblo sus blasones, así los “parrandistas” de la capital lanzaroteña, aunque no se taparan el rostro con la visera del casco, porque usaban el democrático sombrero conocido en el país con el clásico nombre de “cachorra”, en cambio, a la manera de aquellos alborotadores medievicos, en el caballo de San Francisco hacían añicos, armados de sendas estacas, los faroles del alumbrado público, con el fin de no ser conocidos. Esos “parrandistas”, además de molestar al vecindario con sus canturías, se dedicaban a cenar gratuitamente aves de corral en sus francachelas, logrando coger a las gallinas por un procedimiento ingenioso, sin que cacareasen, y sin alborotar, por lo tanto, el gallinero.

A un alcalde que personalmente trató, revestido de su autoridad de prohibir tales bullangueras “parrandas”, le dieron un gran remojón en el Charco de San Ginés, en cuya

superficie quedaron flotando el sombrero de copa y la trenzada vara del nuevo Ronquillo, el cual tragó muy buenos buches de agua, y hubiese perecido, indudablemente ahogado, si a sus gritos no acude un barquero del vecino barrio de El Lomo, y lo conduce a la orilla, tirándole de los faldones del levitón que llevaba siempre en los actos oficiales, y que tanta celebridad le dio entre sus paisanos.



En la época de la grana se desarrolló en nuestra provincia un lujo verdaderamente oriental. Las clases más humildes de la sociedad isleña se confundían en el vestir con las familias del más aristocrático abolengo. La seda crujía en las modestas, rústicas viviendas, como en el palacete de linajuda prole.

Las familias que hasta el primer tercio del último siglo comieron con cucharas de palo el potaje con gofio y el vulgarismo caldo-verde, manducaron más tarde espléndidas y sabrosas viandas, servidas en vajillas de plata o porcelana de Sèvres o de la China, y anduvieron vestidas a “lo condesil”.

De los puertos canarios salían los buques cargados de cochinilla para Europa, y del viejo Continente retornaban abarrotados de género y artículos coloniales que nuestros pueblos despotricaban de lo lindo. Como había exceso de numerario en todo el Archipiélago, de ahí la molicie y los

vicios con su secuela de escándalos, que echaron hondas raíces en todas las esferas de la sociedad, corrompiendo, por lo tanto, las proverbiales costumbres de moralidad y de moderación en el vivir, que tanta nombradía dieron a nuestras islas.

En localidades cochinitas como Arucas y Yaiza, las libras esterlinas, las “peluconas” del tiempo de Carlos III y los doblones isabelinos se apaleaban en las casas de los opulentos terratenientes. Los peones jornaleros de los expresados vecindarios se entretenían los domingos y días festivos en jugar al tejo con centenes.

Las canarias eran Jauja con aquel floreciente cultivo: no había más que empuñar la cuchara de hoja de lata y coger granos de oro de los verdes nopales, que brotaban hasta en los terrenos yermos y baldíos.

Hemos descrito someramente la edad de oro de nuestras peñas, para que la cual generación vea que la plétora de dinero contribuyó a prostituir los hábitos de los insulares, y a que las “parrandas” llegaran al desenfreno y tomaran las proporciones de verdaderas orgías al aire libre, en determinados pueblos de nuestra región.

Los “parrandistas” de Arrecife, como un horda, invadían las tabernas, y después de cantar por todo lo alto y entregarse en ellas a báquicas libaciones, concluían por arrojar a la calle las botellas, el mostrador y los andamios, mientras tanto el tabernero daba brinquitos de alegría, diciendo para las man-

gas de su camisa, como el juez del cuento:

—Ahí me las den todas.

Porque al día siguiente percibía en monedas de oro — pues en aquella época las de plata circulaban poco— cuando menos el doble del valor de los daños causados. Así es que hubo dueño de taberna que enriqueció, pasando cuentas galanas a los rompedores de armazones y de envases de vidrio.



Y a propósito, recordamos que un cura, viendo que el monaguillo que le ayudaba a misa le servía tímidamente, le dijo:

—Echa vino, hijo de un gran demonio, que no es de la bodega de tu padre.



Cierta noche, en el risco de San Nicolás, de Las Palmas, un “roncote” obsequiaba a su novia con una serenata. El marinero había estado varias semanas, aprendiendo de memoria para cantársela a su prometida, la manoseada copla que empieza:

*“A tu puerta planté un pino
y en tu ventana un clavel”.*

Llegó la hora de la “parranda”, y el amartelado costero, convenientemente situado delante de la casa de su amada, comenzó a cantar a voz en cuello, a los rasgueos de su des-templada guitarra:

*“A tu puerta planté un pino
a tu puerta planto un pino”.*

Repitió dicho verso hasta una treintena de veces, porque había olvidado los restantes del popularísimo cantar.

El padre de la moza, que era hombre y medio, de esos que por quítame allá esas pajas apelan a procedimientos contundentes, saltó de la cama, como una pelota, y empuñado un garrote abrió la puerta, diciéndole a aquel moscardón:

—Con tantos pinos como me has “plantao” en la puerta de mi casa, mañana no podré salir a la calle. Conque vete lejos de aquí, si no quieres que te plante este membrillero en la cabeza.

El muchacho, sin decir oste ni moste, colocó la vihuela debajo del brazo y con las orejas gachas se alejó de aquel sitio, protestando para sus adentros contra su nula retentiva.

Al descender por una sinuosa y pendiente callejuela sintió que un can aullaba y que una banda de vampiros, batiendo sus alas, se dirigía al campanario de la vieja ermita de San Telmo, mientras el reloj de la basílica de Santa Ana daba doce campanadas vibrantes y sonoras; y allá a lo lejos,

en el horizonte, se veían negruras y relampagueos, y sobre las encrespadas olas cruzaban barcas pescadoras, cuyos remos, al hendir las aguas se envolvían en fosforescencias de noctúlicas. Aquello era una “oscuridad luminosa”.

Nuestro joven marinero sintió voces que partían de Vegueta, y sin vacilar se encaminó hacia dicho barrio, en el que tropezó con unos “parrandistas”, que al son de bandurrias y guitarras cantaban al pie de una ventana de una casa de dos pisos, situada en la calle del Colegio —hoy del doctor Chil—. Con ligeras intermitencias se sucedían las coplas, entonadas a dúo, entre los tableteos de cercanos truenos, que diría Torcuato Tárrego. De pronto se aproxima a la “parranda” el poeta bohemio Roque Morera, y a reiteradas instancias de aquellos trasnochadores románticos, cantó una isa, improvisando la siguiente cuarteta:

*Anoche, a la media noche,
la media noche sería,
te estaba abrochando un broche,
hermosa paloma mía.*

Con el postrer verso del cantar se mezcló el ¡Ave María Purísima! Del sereno de antaño, que corría velozmente hacia la citada calle del Colegio.

—¡Paren los instrumentos!— gritó el nocturno polizonte

al encararse con los “parrandistas”. Estos obedecieron, dejando de tañer y de cantar.

—¡A ver la licencia!— añadió el sereno, con aire de mando.

—No tenemos licencia y vamos a continuar dando “parranda” —contestó el que tocaba la bandurria.

—Que no se menee una cuerda, porque entonces van a saber quien soy.

—Canta, Roque— replicó el insigne bandurrista de Las Palmas y políglota afamado, dirigiéndose al inspirado vate de las extravagancias esproncedaicas; y a la vez arrancaba a su instrumento mágicos armoniosos acordes.

El corchete de la Municipalidad, al ver que no le obedecen y que le tratan en son de mofa, montando en cólera, arremete contra el grupo, dispuesto a imponer a viva fuerza su autoridad; pero el de la bandurria, dándole en la frente tremendo golpe de boxeador, hace rodar por tierra al sereno, la lanza, el chuzo y la linterna.

Suenan pitazos y se sienten carreras.

Los “parrandistas” se dispersan en distintas direcciones, y al llegar la policía encuentran el compañero con la cara ensangrentada, mal “ferido” en desigual combate.



Nuestro costero perdió en la huida la guitarra que llevaba debajo del brazo, y después de pasado el susto se lamentó con un compañero de fatigas, a bordo del barco en donde navegaba, del modo que vamos a narrar, transcribiendo fielmente sus palabras:

—Perdí mi guitarra, y “pa” comprarla tuve que trabajar hasta que se me llenaron de “bichocas” las manos y las patas y solté los “gofes”, “jalando” por un remo-medio. “Mardita” la hora —agregó— que me “ajunté” con semejantes “gorfines”.



Después de la depreciación de la grana no están muy en boga, entre nosotros, las “parrandas” callejeras.

En la actual época del plátano y del tomate, los amigos se reúnen por las noches en los cafés, en los restoranes y en los hoteles, y allí rinden culto a Baco y a la diosa Edusa. En esas “parrandas” las bascas de beodo, los regüeldos del ahito, en frases de Sancho, y los cánticos obscenos del que ha tomado vino más de la cuenta no trascienden al público, y únicamente molestan a la servidumbre y a los dueños de aquellos establecimientos.

Las “parrandas, en las más importantes poblaciones de este Archipiélago han ido en visible decadencia como las fiestas consagradas a Baco y a Momo.

Sólo en algunas localidades rurales y en los pueblos costeros en que predominan la gente del mar, existe aún la costumbre de lanzarse a la calle los mozos y hasta los viejos, los sábados y domingos a la noche, a gritar hasta desgañitarse a los acordes de las guitarras.

Cuando oímos una de esas cencerradas en nuestras aldehuelas, recordamos este epigrama de Iglesias:

*Con sombrero de tres picos
iba un charro de mi tierra,
llamando al son de cencerra
de un arrabal los borricos.*



A unos “parrandistas” isleños, pertenecientes a la mesocracia, les pasó en la capital de Venezuela el chasco que lacónicamente vamos a referir:

Esos compatriotas nuestros estuvieron durante varias semanas ensayando con violines, flautas, guitarras, bandurrias, panderetas y castañuelas, folías, seguidillas, malagueñas e isas, para obsequiar con una serenata al Presidente de aquella República en el día de su santo, general Francisco L. Alcántara. Llega el 4 de octubre, de infausta recordación para aquellos de nuestros paisanos, que cándidamente creyeron que aquel senci-

llo homenaje habría de abrirles las puertas de la “Casa Amari-lla”, esa noche en que en sus elegantes salones la buena socie-dad caraqueña se entregaba en brazos de Terpsícore, al compás de una orquesta formada con escogidos profesores.

En la calle, frente al citado palacio, se sitúan los canarios con sus respectivos instrumentos.

Los soldados de la guardia presidencial permanecen en la acera con el fusil en su lugar descanso, mientras se oyen las alegres carcajadas de las parejas y los selectos trozos musica-les, resonantes en el tranquilo ambiente de la noctambúlica ciudad del Guaire.

De pronto, rompe a tocar la murga de los isleños, y a la vez estos con todos sus pulmones cantan unas folías, entre el repi-queteo de las castañuelas y el rascar de tripas de los violines.

Al oír esa cencerrada, baja las escaleras un edecán de Alcántara, y al llegar a la puerta, grita con aspérrimo acento:

—Pare la música.

La “parranda” cesó ante el mandato de aquel militar que se tambaleaba, debido a que llegó, como con vino.

—¿Qué desean ustedes?— interrogó aquel oficial.

—Nosotros— dijeron, a un tiempo, los dos isleños más avispados de la reunión. —Como es el día del señor Presi-dente, hemos venido a felicitarle.

—¡Soldados!— dice el edecán. —¡A la cárcel con esos isleños!

Y esa noche durmieron en un cuartel de policía aquellos “parrandistas”, que soñaron hollar los tapices del alcázar donde se celebraba el sarao, y recibir allí los entusiastas parabienes del primer magistrado de la nación, entre el chocar de copas de cristal de Bohemia, rebosantes de “champagne”.

Pero una cosa piensa el burro y otra el que lo está albardando, como reza un antiguo aforismo.

Un canario de la “parranda” exclama al ser reducido a prisión: —¡Nos ha tocado el cordonazo de San Francisco!



Las “parrandas” evocan en nuestras mentes dulces remembranzas de la niñez.

En una aldea lanzaroteña, a altas horas de la noche, unos jóvenes le cantaban a una garrida moza, cuyo padre era dueño de muchas tierras de arar, por lo que aquella muchacha tenía pretendientes a granel.

El que “furrungueaba” la “vigüela”, al terminarse la serenata, se encaminó hacia su alojamiento; pero como estaba completamente ebrio no pudo dar con la fonda —pues era forastero— y se metió en uno de esos depósitos de forma cónica, hechos de paja, que están situados en la trasera de las casa de labranza, los que se conocen en el país con el nombre de pajeros, y sirven para guardar cereales.

Allá, a la madrugada, el “tocaor” se despierta, y beodo aún intenta salir de aquel antro; pero por más que se revuelve, buscando la puerta al tiento, con las manos, no la encuentra, exclamando:

—¡El mundo se ha vuelto paja!

LAS ROMERÍAS

El jansenista monseñor Tavira. Obispo que fue de la Diócesis de Gran Canaria, prohibió en razonada Pastoral que tenemos a la vista, escrita de su puño y letra, las romerías a los santuarios de nuestras islas, por las inmoralidades que se cometen en esas excursiones de carácter religioso.

No se puede describir, sin lastimar los pudores del Arte, las escenas escandalosas que ocurren por la noche en el pinar de Puntagorda en La Palma, en la fiesta consagrada al santo de la simbólica calabacita.

El cantar puesto en boca de un “pater familias” palmero, y que comienza así:

*Si fueres a San Amaro
mira que el santo es bellaco*

Refleja, particularmente en los otros dos versos —que suprimimos por estar recargados de verdín— la impudicia y el escándalo.

De Breña Alta, de Breña Baja, Mazo, Garafía y de otras

localidades de la isla, parte una muchedumbre abigarrada la víspera de San Amaro. Los hombres van vestidos de calzón corto de lienzo, con montera de aletas, con faja pintarrajeada y con camisa, cuya pechera, luciendo menudos pliegues, tiene el brillo de la albura. Las mujeres llevan justillo adornado con abalorios multicolores, y el diminuto sombrero de palma, que ladeado, presta a la cabeza de la “maga” singular encanto.

En la tierra de Tanausú se conoce por la indumentaria a qué pueblo pertenece cada persona campesina.

Los romeros con esa pasmosa agilidad de los pasiegos, van saltando precipicios, desfiladeros, profundos barrancos y vericuetos, dejando de su paso una estela de buen humor, porque esos peregrinos llevan sendos barriletes de tintillo, de Fuencaliente o de las Manchas, y es sabido que cuando los cascós se alegran, la copla picaresca brota de los labios y hasta en los ojillos de los viejos bailan visiones diáfanas, risueñas, evocadoras de pretéritas memorias, que se esfuman fugaces entre los cálidos vapores del vino.

Al cruzar por los pueblos del tránsito la heterogénea multitud, las muchachas son objeto de galanteos y de frases más o menos libidinosas por parte de la turba de curiosos que se echan a la calle atraídos por aquella bullanguera “parranda”, que va entonando aires regionales onomatopéyicos, parecidos a las “saudades”, comprobándose una vez más la parentela étnica que existe entre palmenses y gallegos.

Mujeres y hombres, al salir de sus respectivos vecindarios, se quitan los zapatos y hacen alto en las cercanías de punta-gorda, para ponérselos nuevamente. Visitan la ermita en donde se venera el santo de la tradicional calabaza, el de las célebres bellaquerías, según reza la copleja, y muchos de los fieles depositan sobre el altar —que está abarrotado de ex voto— sus promesas, consisten en calabazas de plata y en niñitos de cera.

La comitiva, después de los rezos de ritual, salió de la Capilla y se puso a merendar a la fresca sombra de los pinos, sitio escogido por los romeros para comer y para entregarse a los deleites de Cupido, cuando la noche tiende sus negros paños o cuando la luna, envuelta en gasas de amaranto y nieve, cruza la extensión azul, recogiendo entre sus argentados rayos suspiros y ósculos de enamoradas parejas, que entre el rumor de los pinos, el sonar de los tambores y el repique-teo de las castañuelas, lanzan este cántico, que empieza:

*“Paséense las damas
de acá para allá,
que este “serinoque”
se va a “prencipiar”.*

En ese baile el hombre da grandes saltos alrededor de la mujer, y ésta, fija la vista en el suelo, como la persona que está

en actitud de orar, inclina hacia un lado la cabeza, se recoge la saya con ambas manos hasta el borde del refajo e imprime a su cuerpo, grácil, tardo, rítmico, acompasado movimiento.

Después del sarao al aire libre, en el que el tamboril, sonando como una zambomba, rompe el tímpano a todo el mundo, salen del pinar resoplidos que se oyen a cien metros de distancia y notas pizpiretas de requinto y de fagot, escalas glisadas y cromáticas que forma el roncar de la gente que allí duerme a pierna suelta.

—¿No escucha los “resoplíos”, tía Marcela?— dijo Juanillo el de Puntallana, que era un chicuelo saltarín como un conejo y más vivo que una ardilla.

—No “uigo na” por el viento— contestó la vieja.

—Madre, ¿“adondianda” Petrilla?— preguntó un muchachejo, a quien le servía de almohada el tronco de un pino.

—¿No está “acostá” contigo?

—¿Güi, “pos” yo la “ha” visto, cristiana?

Estos y otros diálogos por el estilo menudean en el pinar la noche de la víspera de la fiesta.

Y como el santo es bellaco, en un periquete desaparecen las hijas del lado de sus madres. Y éstas como buenas católicas, en esa noche no toledana, sino puntagordera, dicen besando con santa resignación sus escapularios.

—Cosas de San Amaro, que anda “toós” los años, por este tiempo jugando a la “escondía” con las mozas.

*Si fueres a San Amaro
mira que el santo es bellaco.*



Al día siguiente los romeros retornan a sus hogares sin poder con sus tablas, estropeados, sin dar por su vida un cuarto.

Cuando salen de sus casas, si les preguntan:

—¿Adónde van?— contestan con marcial arrogancia y voz de trueno:

—¡A la fiesta!

Al regresar a sus pueblos, si alguien les interroga, diciéndoles:

—¿De dónde vienen?— responden con débil y desmayado acento, esta frase, apenas perceptible:

—De la fiesta...— temblándole las piernas como varas verdes y con el “quejo” caído.



Nada más encantador y poético que las romerías que, antaño, llegaban de Las Palmas al Puerto de la Luz.

En las azoteas de las casas de las calles del tránsito, desde muy temprano se apostaba la gente para ver pasar aquellas

carretas exornadas con vistoso follaje, bajo cuyo toldo de esmeralda empingorotadas señoras y señoritas de la ciudad lucían los encantos de su rostro, realzados por la clásica mantilla del país, y distinguidos y locuaces jóvenes caballeros graves y sesudos, tañendo instrumentos de cuerda, y cantando aires típicos de la región, prestaban al pintoresco cuadro simpático y seductor colorido, que refleja “*intus et foris*” la vida del terruño.

Las carretas, unas tiradas por bueyes que agitaban collares de campanillas y otras, por bestias, avanzaban lentamente a lo largo de la costa, casi al borde del mar, y conociendo lo peligroso del viaje algunas familias se confesaban antes de emprender la penosa marcha a través de dunas que, empujadas por ciclónico viento, amenazaban arrollar con sus trombas de arena a los pesados vehículos y a los expedicionarios.

Llegan por fin los romeros a la iglesia, erigida bajo la advocación de la virgen de la Luz y la vieja piedra de ese minúsculo templo parece que sonríe beatíficamente.

Tras breve descanso en un ventorro —única casucha que existe en aquellas soledades— y del cual emana un penetrante olor a marisco, que abre el apetito, los excursionistas preparan con brasero y olla de barro fabricados en el país, lo conducente a satisfacer las apremiantes exigencias del estómago.

Es la hora del almuerzo: en la menuda arena de la playa del Arrecife tienden albo y limpísimo mantel, sobre el cual

colocan grandes bandejas, conteniendo el humeante cherne y las papas, mientras en enorme lebrillo se amasa el gofio, que es del riquísimo y nutritivo maíz que en otro tiempo dio tanta fama a la extensa y fértil vega de San José, en la que hoy verdeguean frondosas plataneras, cuyo apetecido y sabroso fruto, cuando está en sazón, parece racimos de oro.

El mojo picón hecho con esa pimienta brava que en América se conoce con el nombre de “ají” se sirve en platos en donde se chapotea el salpreso y la papa sin mondar. La sabrosa aceituna canaria y el tinto o el blanco peleón del Lentiscal completan el “menú” de ese banquete indígena, que sólo al recordarlo, sentimos ansias vivísimas de devorar “pellas de gofio” y pedazos de cherne empapados en aquella salsa roja, la que algunas veces suele ser tan quemona, que resulta en los labios un verdadero cáustico. Terminada la comida comienza la zambra. Suenan guitarras y bandurrias, y armoniosas y agradables voces femeniles y masculinas a dúo o a trío, entonan canciones, folías, isas y malagueñas que arrancan en sus postrimeras notas expresivas interjecciones y resonantes palmoteos de la concurrencia que no canta ni toca, mientras chapuzan en las ondas bandadas de gaviotas y de pilluelos que han venido de Las Palmas atraídos por el “rebumbio”.



Jamás se imaginarían ni remotamente las familias que iban presentadas como sardinas, dentro de primitivos carros a visitar la virgen de la Luz, que aquellos sitios en donde se solazaban con su comilonas, se convertirían en tan corto lapso de tiempo en una población, cuyo tráfico marítimo-comercial pregonan las bocinas de los trasatlánticos, cuyos negros penachos de humo caen a tierra transformados en sonoras cascadas de plata.

Sobre aquellas aguas dormidas sólo se mecían, ha media centuria, pobres barquichuelos de pescadores, que tenían mucha devoción por la virgen de la Luz protectora de sus hogares, y a quien se encomendaban en sus oraciones, cuando iban mar afuera en busca del cotidiano sustento para su prole.

Hogaño, el Puerto de la Luz ha perdido el encanto de la original psicología, que le prestaban la animada fiesta de la Naval, las excursiones de los romeros y el ambiente peculiarísimo de los parajes isleños, confundiéndose en la actualidad con esos puertos de ambos mundos. Los silbatos de los vapores, el gemir de las grúas y los distintos idiomas en que se expresan los viajeros de diversas nacionalidades han borrado, digámoslo así, del mapa de la isla en donde se levanta el Nublo y el Saucillo, aquel Puerto tan celebrado por su sabroso marisco y por las romerías “sui generis”, que descansaban a la sombra de la iglesia de la Virgen de la Luz.

Los magníficos muelles de dicho Puerto, sus establecimientos mercantiles, cafés y su gran desarrollo marítimo — hoy decreciente con motivo de la bárbara hecatombe que asola y tala el suelo de Europa— no nos entusiasman tanto como las cosas viejas que recuerdan sus plácidas y azules ondas, sus tostadas playas y su modestísimo templo.

El ruido de los tranvías y de los automóviles ha reemplazado el monótono chirriar de las carretas, y la rapidez de aquellos medios de locomoción ha aumentado extraordinariamente el tráfico entre dicho barrio y Las Palmas, pero éste perdió el perfume de la tradición desde el instante en que en sus horizontes alboreó el progreso.



Las romerías en Lanzarote semejan caravanas, pero sin chilabas, turbantes ni albornoces. Las familias acomodadas viajan en silla, la que por ser de fabricación británica, se llama en el país inglesa, y la cual es de madera generalmente pintada de verde con baranda semicircular, que sirve de apoyo a la espalda y a los brazos, colgando de la parte delantera sendas tablillas que, sostenidas por cuerdas, sirven de estribos.

Sobre ambos asientos hay muelles, cojines, y debajo de aquéllos existen unas gabetas destinadas a guardar ropa y

varias menudencias de tocador. Algunas sillas llevan en torno a la baranda un “vuelo” de tela de vivos colores.

Otras familias viajan en sillas de carga, que se adornan con lujosas colchas de grandes flecos y de dibujos primorosos, tejidas en las islas, y descansan sus posaderas sobre suaves almohadas de blandas fundas.

Los camelleros van vestidos a la antigua usanza: llevan calzón corto, polainas de lana, chaleco de terciopelo labrado, sin abrochar, para lucir el armiño de la pechera de la camisa, y montera de paño azul, de esas puntiagudas, que arrancan a los chicuelos el grito de:

—¡Ojo al pico!

Y al campesino los amenaza, levantando en alto la vara de membrillero con que toca el dromedario.



Los romeros se dirigen al día de la fiesta de Nuestra Señora de los Dolores a Mancha Blanca, cabalgando en camellos y en las monturas que hemos descrito por el camino, los novios y pretendientes, caballeros en burro, y otros en rocines, van hablando con las señoritas, las que desde la barandas de aquellos movibles balcones en sus mecimientos, pueden muy bien, cautelosamente, prodigar las mieles de sus besos a los amantes que viajan a caballo; favores que no

están al alcance de los que montan en el paciente asno. El romero, jinete en el rucio, si tiene novia, sufre el suplicio de Tántalo por no sentir el contacto de los labios de su amada, máxime, viendo que los ecuestres disfrutaban ese placer.

La caravana avanza por una de las tres carreteras con que en la actualidad cuenta Lanzarote y cuando más entretenida va la gente en su bulliciosa charla hace de improviso su aparición en un recodo del camino un automóvil, que marcha a toda velocidad y sonando la bocina.

La placidez y la alegría que momentos antes se revelaban en todos los semblantes de los viajeros, se convierten en pánico y angustia, que se apoderan de sus ánimos. Los camellos, al sentir el estridente ruido del vehículo, tratan de lanzarse a la carrera, tendiendo los cuatro remos, y los campesinos que los conducen les tiran fuertemente del cogote asidos de la “jáquima”, y con el bozal y el palo consiguen por último dominarlos entre la ensorcedora algarabía que forman las aterrorizadas romeras, que si no se agarran bien de la silla, hubieran medido la tierra, sin ser agrimensoras.

El camello habrá murmurado para su espumante vejiga, tocando las tabletas:

—¿Qué monstruo ha invadido mis dominios?

La reacción se espanta del progreso.

Pasado el piramidal susto, dice un camellero, guardando en uno de los bolsillos de su chaleco la cigarrera de becerro

virado, después de haber encendido su “cachimba”.

—Si me “descuío” y no le “asujeto” el “sálamo” ese demonio me arranca la cabeza de una “charascá”.

Reanudó su conversación la comitiva, recobrando a la vez su jovialidad, y mientras los mozos y las señoritas se dirigían chirigotas de buen género alusivas a la contradanza de los dromedarios espantadizos y a la gritería, efecto del miedo, los camelleros se han quedado atrás comiendo uvas moscateles en el “cercado ajeno”.

Ya se sienten los alegres repiques en el campanario de la ermita de Mancha Blanca. Sobre aquella lávica llanura, el día de la fiesta, cuajada de gente se destaca el santuario de la Virgen de los Dolores, cuyo nombre está en boca de todo buen católico lanzaroteño. Entra la romería por el citado pago de Tinajo, dispuesta a “gozar” la función, y a proporcionarse todo aquello que constituya esparcimiento y solaz.

—“¡Tuche”, camello!— dicen los camelleros a sus respectivos rumiantes, añadiendo: “pa” lo que Dios quiera, ya estamos aquí.

El templo es insuficiente para contener tantos fieles, muchos de los cuales entran de rodillas en cumplimiento de sagrados votos. Entre aquella apiñada muchedumbre los jóvenes aprovechaban la ocasión, —sin miramientos a la santidad del lugar— para darles pellizcos y estrujones a las muchachas, las que aguantan en sufrimiento el sofocón, por

creer que pecan mortalmente si protestan dentro de la iglesia contra aquellos descarados y atrevimientos.

Desde la hora y punto en que termina la función, los romeros en su cabalgaduras se desparraman por distintos caminos, de regreso a sus casas, quedando la ermita solitaria, como en el resto del año, en medio de aquel océano de lava, simulando en la lejanía blanca paloma posada en la llanura negra, en la que no queda ni un eco, ni un vago rumor de aquella inmensa oleada humana, que momentos antes llenaba de vida el ambiente, animando con sus tumultos el tétrico paisaje.



Llega julio con sus ardorosas temperaturas. La tierra lanzaroteña parece una gran vasija de agua hirviendo. El “simoum”, soplando en ráfagas asfixiantes, tuesta las hojas de los árboles. No en vano la peña más oriental del Archipiélago está bajo la influencia del líbico desierto.

Es el día de San Marcial, Patrono de las Canarias.

En Femés, lugar donde ondeó por primera vez en nuestras islas el Lábaro de Cristianismo, se venera la efigie de aquel Santo, que lo mismo que sus hermanos San Bartolomé y San Ginés, ciñó en Francia la mitra episcopal, según lo acredita el Padre Ravvlica.

En Lanzarote todo es galo: tenemos el “Rubicón”, “Maciot” y los tres santos galos que son patronos de otros tantos pueblos de la expresada isla.

Aún quedan vestigios de aquella Catedral llamada la “Rubicense” por Inocencio VIII, que se levantó en las cercanías de Femés, habiendo sido su primer Obispo, don Alberto de las Casas.

Pero basta de disquisiciones históricas, y sigamos la marcha de los romeros que se dirigen a la repetida localidad en el mes de julio, para tributarle a San Marcial los carismas de su fervor religioso.

La extensa vega del ruinoso pueblo, hasta el sitio denominado Las Casitas está llena de gente de Lanzarote y Fuerteventura, cuyos habitantes, en su inmensa mayoría son devotísimos de aquella imagen, a la cual le cuelgan muchos y estupendos milagros.

Un año en que se desarrolló entre los camellos de la antigua Erbania en epidemia conocida vulgarmente con el nombre de garrotejo, un majorero ofreció a San Marcial, que si un famoso rumiante, del que era amo se libraba de tan mortífera plaga, llevaría el cuadrúpedo a Femés el día de la festividad del patrono isleño, con el fin de que viese al Santo dentro de la iglesia, y a la vez prometió regalarle a éste dos onzas de oro. El camello no fue atacado de aquella terrible dolencia, y por consiguiente, la promesa quedó cumplida en

la forma que vamos a narrar.

Cuando más grande era la aglomeración de público en la plaza y sonaban alegres repiques de campanas, anunciando el comienzo de la función, aparece el consabido majorero, llevando de “jáquima” un hermoso camello, y valga el calificativo, en dirección a la puerta del templo.

—¿Qué se ofrece?— pregunta el organista de aquella Parroquia al hijo de Fuerteventura.

—¿Que le traigo dos onzas a San Marcial, pero con la condición, porque así lo prometí, de que mi camello viera al Santo dentro de la iglesia!

—¡Muchacho!— grita el del órgano a un monaguillo —descubre a San Marcial.

Obedece el acólito, y al mismo tiempo el organista, sogá en mano, comienza a dar tremendos tirones por el animal, pero como éste reculase, le dice a su dueño:

—Tóquelo por detrás con el garrote.

Al fin lograron, a fuerza de palos y empujones que el camello metiera el hocico en el templo, gritando inmediatamente el organista:

—¡Ya vio al Santo! ¡Ya lo vio!

El majorero, entonces entregó el ex voto a aquel servidor de la iglesia, el que se encaminó a la casa rectoral, para darle cuenta al cura de lo que había ocurrido. El presbítero le dijo sonriendo:

—Tome usted una onza y deme la otra, que yo me entenderé con el Santo.

Cuando el “pater” y el organista necesitaban dinero, se encerraban en el templo, y abriendo la alcancía, ambos salían de apuros.

El que acompañaba en el órgano los cantos litúrgicos, siempre que se hablara de pactos de retro, de usureros y de hipotecas, decía:

No hay prestamista como San Marcial, porque no cobra intereses ni capital.

EL ARRORRÓ

Al escribir esta palabreja mágica avívase entre nuestros imperecederos recuerdos la memoria del genial Teobaldo Power, una de las glorias más legítimas de las Islas Canarias, arrancada por la muerte al orgullo de la patria y al cariño de todos, cuando la existencia tiene mejor derecho a la amplitud de los vigos de la vida.

En ese canto ternísimo, delicado, en el que la madre isleña parece condensar el amor de todos sus amores, hizo brillar el compositor excelso las esplendideces de su inteligencia, la chispa de su potente numen, recogido en esa página musical, una de las más sublimes de sus “Cantos Canarios”, las rítmicas, sentidas cadencias, las melífluas inflexiones de la voz maternal, que entre el vaivén de la cuna, duerme con su blando arrullo a la inocente criatura, que va cerrando sus angélicos ojos entre suaves nacimientos y al contacto de los dulcísimos besos que le imprimen en su casta frente aquellos labios que modulan embelesadoras notas, que son como la quejumbre que exhalan las olas al batir nuestras costas o el gemir de la brisa entre las grietas de las patrias

peñas. La música de ese cántico trasladada al pentagrama con pluma de cisne por el artista inmortal, es bella creación de la madre canaria que, al recoger los vajidos y los primitivos balbuceos de niño, sintió en su alma resonar todos los ecos de nuestros valles y todos los rumores de nuestra tierra y lanzó, rico en sonos y en bigamas, aquel cantar como el de las aves, “no aprendido”.

En ningún país del mundo hay una canción de cuna más hermosa, más sentimental ni que encierre tan suave beleño, como el “arrorró”.

El niño se despierta, lloriquea al verse solo, al notar que su cama está inmóvil. Acude la solícita madre, la mueve acompasadamente y entona a la vez estas u otras semejantes coplas que a los golpes de las mecedoras, suenan como lamentos:

*Arrorró, arrorró, niño,
arrorró, niño, arrorró
con el arrorró y el sueño
ya mi niño se durmió.*

*Duérmete, niño chiquito
duérmete, yo te daré
un zapatito calado
que te venga justo al pie.*

En los pueblos de la América española, los niños los acuestan en cunas y en hamacas; pero aunque se desgañiten llorando, sus madres no les mecen ni los duermen con cantares.

El nene canario recibe mimos más de la cuenta: no se calla mientras no siente los golpes de la cuna y las lánguidas notas del “arrorró”.

Una pobre mujer está criando a un monicaco que le llaman el marrajo en la vecindad, porque día y noche está como un becerro.

—Manuela— dice la madre a una hija suya de diez abri-les —mece la cuna “pa” que se calle el niño.

La muchacha

*por abajo, por arriba
por delante y por detrás.*

como reza la zarzuela, le da a la cuna; pero la impertinente criatura continúa soltando los registros, y como si tuviera pulmones de hierro no se cansa de lanzar algunos chillidos.

—¡Manuelilla!, cántale al niño y mécele bien, que me tiene loca.

La chica por más que repetía el “arrorró” y daba taponazos al cajón, el mocoso no cesaba de berrear.

—¡Dios mío, qué muchacho más perro!— exclama la madre irascible —añadiendo—; tendré que soltar la plancha

“pa” darle el pecho a ese voluntarioso, ¿pero quién aguanta a tu padre si no tiene camisa limpia cuando se levante?

La pobre mujer coge al niño en brazos y comienza a arrullarle, paseando por la habitación, pero la rebelde criatura llora cada vez más fuerte, mordiendo el pecho de la madre, la que hace inauditos esfuerzos por reducir al contumaz mamoncillo.

El padre de éste que dormía en la alcoba, se despertó por “mor” al escándalo, gritando como un energúmeno.

—Juana, maldita sea “tóa” tu casta; pégale dos “nalgás” a ese muchacho “pa” que se calle de una vez.

La mujer obedece al marido; mas el niño, al sentir que le zurren la badana, suelta de un tirón el pecho y echa la casa abajo a llantos y chillidos.

El jefe de aquella familia es panadero, y tiene, por consiguiente, que madrugar para dar cumplimiento a su trabajo, así es que está hecho un basilisco.

—Juana ese muchacho es muy soberbio, y en eso sale a mi suegra, que me arrancó —¿te acuerdas?— del bigote un manojo de pelos.

—Deja a mi madre, que en la gloria esté.

—¿Y tú, “pa” que me nombras a la mía, que también está muerta?

—El niño se parece a ti en lo geniuo.

Este diálogo se sostenía a grito pelado, mientras el nene

atronaba los oídos con sus incesantes lloriqueos.

Era media noche, y los vecinos más cercanos no podían conciliar el sueño, a causa de aquel laberinto.

La madre colocó al mocoso en la cuna, y el marido seguía lanzando, a grandes voces, improperios contra su mujer por la mala crianza del infante.

La polémica entre los cónyuges de género en riña. Cuando más ensordecían los gritos, sonaron en la puerta de la casa unos golpes fortísimos, y al mismo tiempo se oyeron estas palabras, proferidas por un guindilla que rondaba por aquel barrio:

—Que se callen esos escandalosos, que no dejan dormir a los vecinos.



El niño canario es la peor de las fieras. Ni con el “arro-rró”, con ser tan dulce y suave, se logra amansar, cuando la madre carece de sentido pedagógico.

Los isleños, cuando somos chicos, tenemos rebeldías — acaso por atavismo de raza— y nos importa un ardite el canto apasionado del “arrorró”, pero a medida que vamos creciendo nos sometemos fácilmente a cualquier músico o danzante.

Por algo llevamos el nombre de los pájaros cantores que alegran con sus trinos nuestras florestas.

Esta selección de relatos de la obra de Isaac Viera "Costumbres Canarias" ha sido realizada con motivo de la Feria del Libro de Lanzarote, correspondiente al año 2001, desde el 23 al 28 de abril, edición denominada "Isaac Viera" como homenaje a este escritor lanzaroteño.



Cabildo de
Lanzarote

ÁREA DE EDUCACIÓN Y CULTURA



Ayuntamiento
de Arrecife